á las que libran en el Cueble la montaña y el mar.

¡Qué importan esas luchas si se libran con los ojos puestos en ideas grandes! ¡Qué importan si las ilumina la esperanza en un porvenir más dichoso! ¡Qué importan!...

Olas y rocas siguen peleando en el Cueble mientras cesa la lluvia, y una hermosa franja arco iris, que va de Norte á Sur, se extiende sobre mi cabeza...

Para un drama

Entre mis recuerdos de San Vicente de la Barquera, hay uno que se ha aposentado con señorío melancólico en mi cerebro. Provócalo una medio niña, medio moza. Aún no contará los trece años.

Es una encantadora chiquilla, de ojos penetrantes y vivos, boca maliciosa y riente, nariz un si es ó no respingona, cabellera entre rubia y barba redonda partida por un lascivo hoyuelo.

Hay en su talle flexibilidades de liana; en su busto, apasionadoras redondeces; en su andar, gentileza; en su conversación, gracia y donosura. Tiene su cutis palideces románticas y orlan sus párpados ténues y sensuales ojeras.

No la educaron vulgarmente. Sabe pensar; también sentir sabe: siempre se aparéjan como buenos hermanos sentimiento y dircurso. Su imaginación la lleva á ensueños no vulgares que, antes de moldearse entre sus labios color de lumbre, pasan por los cristales de sus ojos en rayos purísimos de luz. Tal vez sue-

ña ya con amores llenos de idealidad y exquisitez; con amadores que llevan elegancia en el vestir, galanuras en el hablar, varonía caballerosa en la imagen y trovadoresca poesía en el corazón.

Tal vez sueña con eso el tierno capullo de mujer, á quien un día y otro he visto pasar frente á mí, conversando con veraneantes de catorce, de dieciséis años á lo sumo; ellos estudiaban, mirándose en los ojos de ella, el abecedario del amor. Ella se lo enseñaba con la superioridad de quien sabe leer de corrido.

Hasta ahora, dirán mis lectores, ni la cosa es extraordinaria ni el drama sale por sitio alguno. Casi todas las niñas de trece y catorce piensan y hacen igual que la niña de la Barquera.

Cierto. Sólo que todas esas niñas, educadas superiormente en pensamientos y sentires, cuando habitan grandes poblaciones ó poseen riquezas, pueden convertir en realidades sus ensueños de amor, de felicidad, de fortuna.

La niña de la Barquera habita un pueblo de sesenta vecinos y es pobre; por su educación, ni gusta el trato de las aldeanas humildes, ni éstas gustan de ella para el trato suyo; por su pobreza, no puede alternar con las señoritas del pueblo; tampoco éstas la conceden alternativa. Se halla entre las unas y las otras, aislada, á distancias iguales, sin poder unirse á ellas, viviendo entre las dos solitariamente.

De ensueños amorosos, no hablemos. Puede acariciarlos, sentirlos; volverlos realidad, no. Los mozos de la aldea que se trajean bien y á las veces discurren, aunando el caudal con la sabiduría, no serán para ella. O unirán su suerte á la de las muchachas ricas del pueblo, ó se irán en busca de mujer á las grandes ciudades. No son para la niña; sólo un azar amoroso podría entregárselos. En el juego de amor, tal y como hoy se entiende el amor, son poco frecuentes los azares.

Los mozos de la aldea que viven dedicados al trabajo manual y ganan su vida remo en puño ó herramienta en brazo, tampoco pueden ser para ella; resultan demasiado groseros á los sentires y pensares de la criatura gentil.

Quedan los veraneantes; pero éstos son aves de paso. Cantarán amores á la deliciosa aldeana, pero no harán con ella nido. Tenderán sus alas á los comienzos del otoño, y la niña no podrá seguirlos. Las aves humanas sólo vuelan en ferrocarril, y el ferrocarril cuesta dinero, y la vida en las grandes ciudades es cara, y la niña de la Barquera es pobre.

Este es el drama; no el de la niña de la Barquera, el de todas las mujeres destinadas por la suerte á vivir dentro de las aldeas, con hermosura, con educación y sin capital. Aun las mismas que poseen ese capital y se hallan sujetas por las circunstancias al vivir

aldeano, tienen porvenir triste de amores y dichas, si su espíritu y su entendimiento están afinados para exquisitos ensoñares.

Siendo triste en tales circunstancias el porvenir de las jóvenes ricas, ¿cuál será el de la niña pobre de la Barquera?

Yo lo veo, lo veía, envolviéndola con velos de amargura y desesperación, cada vez que la gentil muchacha pasaba al lado mío, balanceado el flexible talle de liana, luciendo las apasionadoras curvas del busto. entreabriendo al espacio su boca maliciosa y riente, clavando en el cielo sus ojos penetrantes y vivos, y aspirando el aire fecundador de la montaña por las anchas fosas de sus respingonas narices.

¿Qué porvenir es el de esa niña? El suyo, lo ignoro; el de casi todas las niñas que nacen y viven como ella, no es difícil profetizarlo. En él se halla el asunto, no de un drama, de dos.

El un drama es el drama terrible, el trágico, de la mujer que quiere amar á un ser digno, siquiera sea exteriormente, de los amores suyos; el de la que se rebela contra su destino, y ansiosa de volar, de tender las alas que Naturaleza le dió, emprende el viaje con el primero que entona á su oído el soñado cantar, para caer después con las alas rotas.

El otro drama es el drama silencioso, manso, más trágico quizás que el primero; el drama de la juven-

tud agostada en la dolorosa faena de esperar lo que jamás ha de venir; es el drama de los días, de las horas, de los minutos, que van dejando huellas en el espíritu y en la carne, y acaban por hacer de la joven soñadora, hermosa y alegre, una solterona agria, fea y ridícula.

¡Ah, encantadora niña, infeliz prisionera del medio! El recuerdo de la belleza tuya y la tristeza del porvenir tuyo traen á mi cerebro lágrimas de esas que no se salen por los ojos!...

¡Quién sabe si algún día la belleza tuya y el triste porvenir tuyo nos servirán á mí ó á otro cualquiera autor para llenar unas cuartillas y buscar satisfacciones á nuestra vanidad con el aplauso público y á nuestro bolsillo con los derechos de representación!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO